

DÍA DE LAS ÁNIMAS

2 NOVIEMBRE 2017

El día de muertos

Cuento mexicano para niños



En cada noviembre
que viene, la abuela
nos trae como siempre,
historias, sorpresas.
Papeles picados
con mil calaveras.
Pan rosa endulzado
y atole de fresa.
Y racimos inmensos
de flores del muertos.
Unos comales,
tortillas, aguacate,
cobal,... también
chocolates.
Naranjas, plátanos...
Más tarde sentados
juntitos a la abuela
todos escuchamos
sus calaveras,
que cuentan la vida
de los esqueletos

y dan mucha risa
sus cuentos de
muertos.

"En un cementerio
tocaba una orquesta
pues todos los muertos
andaban de fiesta.
Las damas con falda
los hombres de negro,
llevaban corbata
con saco y sombrero.
La orquesta tocaba
guarachas, boleros,
rancheras y danzas
con ritmo rumbero.
Dos muertos bailaban
un triste bolero
pero se enredaban
con sus esqueletos.
los muertos se suben

volando hasta el cielo.
¿Será que las nubes
son hechas con huesos?

Termina la tarde
se lleva los versos,
se siente en el aire
perfume de incienso."

Las velas dibujan
sobre el pavimento
camino que cruzan
a los cementerios.
Con música y flores
y con alimentos,
en muchos panteones
hay fiesta de muertos.
La abuela vendrá
con todos sus cuentos
y hará un nuevo altar
del día de muertos.

Ibar da Coll

El monte de las ánimas

Gustavo Adolfo Bécquer



[Alonso, aun con recelo, había ido a buscar esa noche de Muertos una banda azul que Beatriz había perdido en el monte de las Almas]. Pasó una hora, dos, tres... Beatriz se retiró a su habitación. Alonso no volvía, no volvía, cuando en menos de una hora pudiera haberlo hecho.

Después de haber apagado la lámpara y cruzado las dobles cortinas de seda, se durmió; se durmió con un sueño inquieto, ligero, nervioso. Las doce sonaron. Beatriz oyó entre sueños las vibraciones de campana, lentas, sordas, tristísimas, y entreabrió los ojos. Creía haber oído, a par de ellas, pronunciar su nombre; pero lejos, muy lejos, y por una voz apagada y doliente. El viento gemía en los vidrios de la ventana. Su corazón latía cada vez con más violencia. Las puertas habían crujido sobre sus goznes, con un chirrido agudo prolongado y estridente.

Primero unas y luego las otras más cercanas, todas las puertas que daban paso a su habitación iban sonando por su orden; éstas con un ruido sordo y suave; aquéllas con un lamento largo y crispador. Después, silencio; un silencio lleno de rumores extraños, el silencio de la media noche, con un murmullo monótono de agua distante; lejanos ladridos de perros, voces confusas, palabras ininteligibles; ecos de pasos que van y vienen, crujir de ropas que se arrastran, suspiros que se ahogan, respiraciones fatigosas que casi no se sienten, estremecimientos involuntarios que anuncian la presencia de algo que no se ve y cuya aproximación se nota, no obstante, en la oscuridad.

Beatriz, inmóvil, temblorosa, adelantó la cabeza fuera de las cortinillas y escuchó un momento. Oía mil ruidos diversos; se pasaba la mano por la frente, tornaba a escuchar; nada, silencio. Veía como bultos que se movían en todas direcciones; y luego, nada; oscuridad, las sombras impenetrables.

Y cerrando los ojos intentó dormir...; pero en vano había hecho un esfuerzo sobre sí misma. Pronto volvió a incorporarse, más pálida, más inquieta, más aterrada. Ya no era una ilusión: la puerta se había abierto y unas pisadas lentas sonaban sobre la alfombra; el rumor de aquellas pisadas era sordo, casi imperceptible, pero continuado, y a su compás se oía crujir una cosa como madera o hueso. Y se acercaban, se acercaban, y se movió la butaca que estaba a la orilla de su lecho. Beatriz lanzó un grito agudo, y arrebujándose en la ropa que la cubría escondió la cabeza y contuvo el aliento.

El aire azotaba los vidrios del balcón; el agua de la fuente lejana caía y caía con un rumor eterno y monótono; los ladridos de los perros se dilataban en las ráfagas del aire, y las campanas de la ciudad de Soria, unas cerca, otras distantes, doblaban tristemente por las almas de los muertos.

Así pasó una hora, dos, la noche, un siglo, porque la noche aquella pareció eterna a Beatriz. Al fin despuntó la aurora. Separó las cortinas de seda del lecho, y de repente un sudor frío cubrió su cuerpo, sus ojos se desencajaron y una palidez mortal decoloró sus mejillas: sobre el reclinatorio había visto, sangrienta y desgarrada, la banda azul que perdiera en el monte, la banda azul que fue a buscar Alonso.

Cuando sus servidores llegaron despavoridos a noticiarle la muerte de Alonso, que a la mañana había aparecido devorado por los lobos entre las malezas del Monte de las Ánimas, la encontraron inmóvil, crispada, asida con ambas manos a una de las columnas de ébano del lecho, desencajados los ojos, entreabierta la boca, blancos los labios, rígidos los miembros: muerta, imuerta de horror!

(Fragmento adaptado)